BIENAVENTURADOS LOS PACÍFICOS

REFERENCIAS

Bíblicas

"Dichosos los que trabajan por la paz, porque a esos les va a llamar Dios hijos suyos"

(Mt 5, 9).

"- Paz con vosotros.

Y dicho esto les mostró las manos y el costado. Los discípulos sintieron la alegría de ver al Señor.

- Paz con vosotros. Igual que el Padre me ha enviado a mí, os envío yo también a vosotros."

(Jn 20, 20-21)

PVA

Estatuto Art. 7. Testimonio de las Bienaventuranzas

Por eso vive y da testimonio:

- de la primacía del espíritu, de la fecundidad del sufrimiento y de la no-violencia como fermento de paz y perdón.

Estatuto Art.23. Estilo de acción

Los Salesianos Cooperadores santifican su existencia en la vida ordinaria y fundamentan su acción en la unión con Dios. Viven como «buenos cristianos y honrados ciudadanos». Son disponibles, altruistas, generosos y creen en el valor de la gratuidad.

Estatuto Art.24. Estilo de relación

En sus relaciones, los Salesianos Cooperadores practican la amabilidad querida por Don Bosco. Son abiertos, cordiales, alegres, dispuestos a dar el primer paso y a acoger siempre a los otros con bondad, respeto y paciencia. Tienden a suscitar relaciones de confianza y amistad para crear a su alrededor un clima de familia hecho de sencillez y afecto. Son artífices de paz y buscan en el diálogo la clarificación y el acuerdo.

DESARROLLO

Escuchando la voz de la Iglesia

Perfección de la actividad humana en el misterio pascual

"El Verbo de Dios (...), el Hombre perfecto (...), nos revela "que Dios es amor", a la vez que nos enseña que la ley fundamental de la perfección humana, y, por tanto, de la transformación del mundo, es el mandamiento nuevo del amor. Así pues, a los que creen en la caridad divina les da la certeza de que abrir a todos los hombres los caminos del amor y esforzarse por instaurar la fraternidad universal no son cosas inútiles".

"Al mismo tiempo, advierte que esta caridad no hay que buscarla únicamente en los acontecimientos importantes, sino, ante todo, en la vida ordinaria. Él, sufriendo la muerte por todos nosotros, pecadores, nos enseña con su ejemplo a llevar la cruz que la carne y el mundo echan sobre los hombros de los que buscan la paz y la justicia. Constituido Señor por su resurrección, Cristo (...), obra ya por la virtud de su Espíritu en el corazón del hombre, no sólo suscitando el anhelo del siglo futuro, sino alentando, purificando y fortaleciendo, también con ese deseo, aquellos generosos propósitos con los que la familia humana intenta hacer más llevadera su propia vida y someter la tierra a este fin".

(Gaudium et spes, 38)

La actividad económico-social y el reino de Cristo

"Los cristianos que toman parte activa en el movimiento económico-social de nuestro tiempo y luchan por la justicia y caridad, convénzanse de que pueden contribuir mucho al bienestar de la humanidad y a la paz del mundo. Individual y colectivamente den ejemplo en este campo. Adquirida la competencia profesional y la experiencia que son absolutamente necesarias, respeten en la acción temporal la justa jerarquía de valores, con fidelidad a Cristo y a su Evangelio, a fin de que toda su vida, así la individual como la social, quede saturada con el espíritu de las bienaventuranzas, y particularmente con el espíritu de la pobreza.

Quien con obediencia a Cristo busca ante todo el reino de Dios, encuentra en éste un amor más fuerte y más puro para ayudar a todos sus hermanos y para realizar la obra de la justicia bajo la inspiración de la caridad."

(Gaudium et spes, 72)

Naturaleza de la Paz

"La paz no es la mera ausencia de la guerra, ni se reduce al solo equilibrio de las fuerzas adversarias, ni surge de una hegemonía despótica, sino que con toda exactitud y propiedad se llama obra de la justicia (Is 32, 7). Es el fruto del orden plantado en la sociedad humana por su divino Fundador, y que los hombres, sedientos siempre de una más perfecta justicia, han de llevar a cabo. El bien común del género humano se rige primariamente por la ley eterna, pero en sus exigencias concretas, durante el transcurso del tiempo, está cometido a continuos cambios; por eso la paz jamás es una cosa del todo hecha, sino un perpetuo quehacer. Dada la fragilidad de la voluntad humana, herida por el pecado, el cuidado por la paz reclama de cada uno constante dominio de sí mismo y vigilancia por parte de la autoridad legítima.

Esto, sin embargo, no basta. Esta paz en la tierra no se puede lograr si no se asegura el bien de las personas y la comunicación espontánea entre los hombres de sus riquezas de orden intelectual y espiritual. Es absolutamente necesario el

firme propósito de respetar a los demás hombres y pueblos, así como su dignidad, y el apasionado ejercicio de la fraternidad en orden a construir la paz. Así, la paz es también fruto del amor, el cual sobrepasa todo lo que la justicia puede realizar.

La paz sobre la tierra, nacida del amor al prójimo, es imagen y efecto de la paz de Cristo, que procede de Dios Padre. En efecto, el propio Hijo encarnado, Príncipe de la paz, ha reconciliado con Dios a todos los hombres por medio de su cruz, y, reconstituyendo en un solo pueblo y en un solo cuerpo la unidad del género humano, ha dado muerte al odio en su propia carne y, después del triunfo de su resurrección, ha infundido el Espíritu de amor en el corazón de los hombres.

Por lo cual, se llama insistentemente la atención de todos los cristianos para que, viviendo con sinceridad en la caridad (Ef 4,15), se unan con los hombres realmente pacíficos para implorar y establecer la paz.

Movidos por el mismo Espíritu, no podemos dejar de alabar a aquellos que, renunciando a la violencia en la exigencia de sus derechos, recurren a los medios de defensa, que, por otra parte, están al alcance incluso de los más débiles, con tal que esto sea posible sin lesión de los derechos y obligaciones de otros o de la sociedad.

En la medida en que el hombre es pecador, amenaza y amenazará el peligro de guerra hasta el retorno de Cristo; pero en la medida en que los hombres, unidos por la caridad, triunfen del pecado, pueden también reportar la victoria sobre la violencia hasta la realización de aquella palabra: De sus espadas forjarán arados, y de sus lanzas hoces. Las naciones no levantarán ya más la espada una contra otra y jamás se llevará a cabo la guerra (Is 2,4)."

(Gaudium et spes, 78)

Para la reflexión y el diálogo:

- ¿Cuál es, a tu juicio, el principio en el que se basa la paz?
- ¿Qué entiendes por ser "pacífico"?
- ¿Qué rasgos, aspectos tienes que cultivar personalmente para ser "pacífico"?

PARA AMPLIAR

Sueño de los 9 años

Sac. Juan Bosco

"A la edad de 9 años tuve un sueño que quedó profundamente grabado en mi mente para toda la vida. En el sueño, me pareció encontrarme cerca de casa, en un terreno muy espacioso, donde estaba reunida una muchedumbre de chiquillos que se divertían. Algunos reían, otros jugaban, no pocos blasfemaban. Al oír las blasfemias, me lancé inmediatamente en medio de ellos, usando los puños y las palabras para hacerlos callar.

En aquel momento apareció un hombre venerando, de aspecto varonil y noblemente vestido. Un blanco manto le cubría todo el cuerpo, pero su rostro era tan luminoso que no podía fijar la mirada en él. Me llamó por mi nombre y me mandó ponerme a la cabeza de los muchachos, añadiendo estas palabras:

- No con golpes, sino con la mansedumbre y con la caridad deberás ganarte a estos tus amigos. Ponte ahora mismo, pues, a instruirlos sobre la fealdad del pecado y la belleza de la virtud.

Aturdido y espantado, repliqué que yo era un niño pobre e ignorante, incapaz de hablar de religión a aquellos muchachos; quienes, cesando en ese momento sus riñas, alborotos y blasfemias, se recogieron en torno al que hablaba.

Sin saber casi lo que me decía, añadí:

- ¿Quién sois vos, que me mandáis una cosa imposible?

-Precisamente porque tales cosas te parecen imposibles, debes hacerlas posibles con la obediencia y la adquisición de la ciencia.

- ¿En dónde y con qué medios podré adquirir la ciencia?

-Yo te daré la maestra bajo cuya disciplina podrás llegar a ser sabio, y sin la cual toda sabiduría se convierte en necedad.

- Pero, ¿quién sois vos que me habláis de esta manera?

- Yo soy el hijo de aquella a quien tu madre te enseñó a saludar tres veces al día.

- Mi madre me dice que, sin su permiso, no me junte con los que no conozco. Por tanto, decidme vuestro nombre.

- El nombre, pregúntaselo a mi Madre.

En ese momento, junto a Él, vi a una mujer de aspecto majestuoso, vestida con un manto que resplandecía por todas partes, como si cada punto del mismo fuera una estrella muy refulgente. Contemplándome cada vez más desconcertado en mis preguntas y respuestas, hizo señas para que me acercara a Ella y, tomándome bondadosamente de la mano, me dijo:

- Mira.

Al mirar, me di cuenta de que aquellos chicos habían escapado y, en su lugar, observé una multitud de cabritos, perros, gatos, osos y otros muchos animales.

- He aquí tu campo, he aquí donde tienes que trabajar. Hazte humilde, fuerte, robusto; y cuanto veas que ocurre ahora con estos animales, lo deberás hacer tú con mis hijos.

Volví entonces la mirada y, en vez de animales feroces, aparecieron otros tantos mansos corderos que, saltando y balando, corrían todos alrededor como si festejaran al hombre aquel y a la señora.

En tal instante, siempre en sueños, me eché a llorar y rogué al hombre me hablase de forma que pudiera comprender, pues no sabía qué quería explicarme. Entonces Ella me puso la mano sobre la cabeza, diciéndome:

- A su tiempo lo comprenderás todo. Dicho lo cual, un ruido me despertó; y todo desapareció.

«La paz, obra de la justicia»

José Navarro Chaparro

Antes, la bienaventuranza séptima se enunciaba así: "Bienaventurados los pacíficos, porque se van a llamar hijos de Dios". No cabe duda de que la traducción moderna es mejor, no por moderna, sino por correcta. No se trata propiamente de **pacíficos**, sino de **pacificadores**; aquellos que no se limitan a respetar la paz, sino que están empeñados en promoverla.

Cuando se habla de una persona pacificadora, nos referimos ordinariamente a alguien que se esfuerza por aplacar los ánimos o poner concordia entre quienes andan reñidos, el que intenta unificar voluntades, disipar malentendidos, establecer puentes, aproximar posiciones, suavizar aristas, proponer soluciones de compromiso, lograr un acuerdo, encontrar una avenencia, servir de enlace para una negociación. Gestiones, todas ellas, sumamente útiles para conseguir la paz. Pero esto no basta.

"Si quieres la paz, prepara la guerra", dice el refrán. Y Jesús: «Os doy mi paz» (Jn 14,27) y «No he venido a traer la paz, sino la guerra» (Mt 10,34). ¿Una paradoja? ¿Un contrasentido? ¿Una incongruencia?

No.

La segunda frase no sólo no desmiente la primera, sino que resulta imprescindible si queremos entender ésta correctamente. Para realizar convenientemente su obra de paz, los pacificadores necesitan provocar conflictos, suscitar hostilidades, declarar la guerra. En otras palabras: para construir una paz verdadera hay que destruir antes las formas ficticias de paz. Es lo mismo que ocurre con las heridas que han cicatrizado en falso: hay que abrirlas.

La frase de Cristo citada «os doy mi paz» continúa: «pero no como la da el mundo».

¿En qué consiste la "paz del mundo"?

Desde hace quince siglos, se ha venido empleando la definición de paz de daba san Agustín: «tranquilidad del orden».

Pero, al propugnar la «tranquilidad del orden», ¿de qué orden hablamos? Del orden vigente, claro. Pero este orden vigente es un "orden"/desorden que privilegia a quienes están arriba, a costa de perpetuar la desdicha de quienes están abajo. Más que un orden, es una "ordenada administración" del desorden inherente a toda injusticia.

¿Podemos considerar eso una paz defectuosa que convendría mejorar o debemos considerarla una paz falsa que es menester destruir?

El trabajo por la paz no consiste siempre en una serie de acciones pacificas, de acciones cuyo propósito más inmediato sea necesariamente el apaciguamiento, la tranquilidad. Romanones decía que "tranquilidad" viene de "tranca" (yo me meto en mi casa, echo la tranca y aquí paz y después fútbol).

Allí donde exista un orden injusto hay que perturbar la «tranquilidad del orden».

El pacificador no puede permitir que se mantengan por más tiempo esas falsas formas de paz que impiden la instauración de la verdadera paz. Ni puede tampoco apelar a una reconciliación inmediata, precipitada, que en tales condiciones no pasaría de ser una piadosa ficción o, peor aún, una burla sangrienta. Cuando la tranquilidad del orden se ha convertido en la brutal, explotación de los más débiles; cuando los desposeídos se hallan reducidos a la impotencia y al silencio, toda exhortación a la concordia debe ir precedida de un esclarecimiento de la situación; por lo tanto, inevitablemente, de la provocación de un conflicto. De lo contrario, la pretendida reconciliación equivaldría a una legitimación de la injusticia. «Han curado superficialmente la herida de mi pueblo, diciendo "¡Paz, paz!", cuando no había paz» (Jer 6,14).

A la reconciliación hay que anteponer la conversión. Esta es previa: es indispensable para que aquélla sea auténtica.

El término hebreo *shalóm* (paz) es demasiado rico para que lo traduzcamos simplemente por paz. Desde luego, significa mucho más que la "tranquilidad del orden". Significa una paz, tan verdadera y henchida, que nosotros sólo podemos expresarla mediante la suma de nuestros conceptos de paz y de justicia. Por consiguiente, en vez de decir que *shalóm* significa paz, será mejor invertir la frase y decir que paz debe significar *shalóm* (paz+justicia).

Según la Escritura, justicia y paz son dos cosas absolutamente indisociables. «La justicia y la paz se abrazan», afirma el salmo 85 (Ps 85,11). Y, a continuación, precisa: "La justicia marchará delante de él, y la paz sobre la huella de sus pasos». Lo cual quiere decir que ambas cosas no sólo son inseparables, sino que una debe preceder a la otra. ¿Cómo podría darse verdadera paz si antes no se ha implantado la justicia? «La paz es obra de la justicia» (Is 32,17) era el lema pontificio de Pío XII. Pablo VI, en su mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, en 1972, traducía así: «Si quieres la paz, trabaja por la justicia».

¿Y cómo alcanzar la paz en un mundo que se obstina en la injusticia? El anuncio de la paz implica la denuncia de la injusticia.

Los poderosos dicen amar la paz. Invocan la paz y abominan de la violencia, con una única excepción: sólo admiten la violencia en «justa defensa». Esta excepción, sin embargo, la entienden como a conviene a ellos y en su sentido más amplio. Ahí cabe todo, no sólo la dureza represiva para defender directamente sus intereses particulares, sino todo aquello que contribuye a defender el sistema en que ellos están ventajosamente instalados: la carrera armamentista, por ejemplo, tan necesaria para la protección y expansión del imperialismo económico. Un nuevo argumento que los acredita como grandes amantes de la paz: «Si quieres la paz, prepara la guerra».

¿Se trata de defender lo que es justo o, por el contrario, de mantener una situación de injusticia?

Muchos de los que así piensan y así actúan se denominan cristianos. Con frecuencia citan las bienaventuranzas, pero las interpretan a su gusto y conveniencia: "Bienaventurados los pacíficos", "bienaventurados los que no perturban la paz". Siguen aferrados a la clásica definición de paz como «tranquilidad del orden», pero no saben que el mayor desorden consiste en anteponer el orden a la justicia.